

I

SANCHEZ ALBORNOZ ANTE LA CUNA
DEL ANUARIO (*)

Es éste el título de un trabajo de Ramón Carande que nunca se llegó a publicar hasta hoy salvo por partes, desglosadas, los retratos que en él se incluyen de Galo Sánchez y José María Ramos Loscertales (Galería de amigos, Alianza Tres, Madrid 1989) tres años después de muerto su autor, y también la historia, como se contará a continuación, de un pique, un roce o un asunto (affaire dicen, más convincentes, los franceses) entre dos personas, dos colegas, dos maestros que, por su contrastada humanidad, jamás pensaron enfrentarse. Sólo que los hechos que esmaltan las cartas que a continuación —en apéndice— se publican (por primera vez también, menos una) junto con el texto que enuncia este encabezamiento explican el porqué, los porqués, y los estados de ánimos, la emotividad, del caso.

En 1963 Ramón Carande sabedor del hecho a festejar, los setenta años de Claudio Sánchez Albornoz, su compañero y amigo, se dispuso a celebrarlo colaborando en el número homenaje que le dedicaría los Cuadernos de Historia de España bonaerenses, con este trabajo. Pero los acontecimientos —rubricados por las cartas adjuntas— se fueron precipitando, tal cual sucede en la vida. Parece ser que el caso comienza cuando, después de enviado el trabajo a Buenos Aires, Ramón Carande recibe una primera carta de Hilda Grassotti, discípula de Sánchez Albornoz, disconforme con el contenido del mismo. Ramón Carande reclama su devolución. Ramón Carande insiste (Carta n.º 4. A-4) Hilda Grassotti responde (A-5) e insiste. Ramón Carande escribe a Sánchez Albornoz (A-6), Sánchez Albornoz contesta (A-7). Cartas en las que es curioso, también, resaltar la rapidez con que se cursaban y llegaban. Al apéndice se unen (A-1, A-2, A-3 y A-8) cuatro cartas más, coetáneas y esclarecedoras, de Luis García de Valdeavellano

* El Consejo de Dirección del ANUARIO se honra en publicar estas páginas firmadas por uno de sus fundadores, con el apéndice epistolar, que tanto interés tienen para la historia de la propia revista, al tiempo que agradece su envío a Bernardo Víctor Carande.

a Ramón Carande. Recogidas aquí, como las anteriores, en su integridad, que otros temas afloran llenos de interés, la mayoría concernientes a la Real Academia de la Historia: Don Ramón estaba detrás de que se honrara —académicamente— a Agustín Millares Carló y, también, a Sánchez Albornoz. (Sobre esta correspondencia véase «Don Ramón Carande y la Academia» de Gonzalo Anes. Cuadernos Hispanoamericanos, 465, Madrid 1989).

Este trabajo no llegó a publicarse hasta hoy. La amenaza de incluirse en un número de la Revista de Occidente, sugerida en la carta 4.^a (A-4) no se cumplió. Ramón Carande se mantuvo fiel a lo prometido a Albornoz (carta 6.^a A-6) y no publicó una sola línea del escrito en vida. Sólo hoy me atrevo, como el heredero de su obra, la que no puede personalmente limitarse, a darlo a conocer en su integridad, si partidario de una de las dos partes, por ser hijo, negándome a la disciplina de voto del caso, que dijéramos, y acatando también la equivalente humanidad de la otra parte, de quien, y en momentos tristes y finales de Ramón Carande, pero aún en vida, publiqué (El Nuevo Lunes, junio/julio, Madrid 1986) para que se recordase su nobleza, la carta última que escribió a mi padre. Cierra ella el contenido del apéndice (A-9).

Sirvan todos estos testimonios, los de mi padre, los de la discípula de Sánchez Albornoz, las cartas de este mismo o las de García de Valdeavellano... y el texto del trabajo, para aclarar al curioso y ayudar al estudioso, enseñando al atento la manera de estar —unos dentro, otros fuera, de España— de aquellos españoles y su ejemplar, cufrida y cálida manera de ser. Alguien supuso un día que la España de postguerra sólo se explicaba desde el exilio, desde la oposición, o desde el régimen imperante, pero nadie en realidad estaba en posesión —ese es el drama de toda guerra civil— de la verdad ni, posiblemente, esta haya sido nunca usufructo de nadie. Entre todos, sí, es cierto, cotidiana, humanamente, estaban elaborando el hoy para preservar el ayer y edificar el futuro, con su ejemplar trabajo.

Fue en Sevilla, en un universitario acto de presentación, el de Galería de amigos (Paraninfo, 8 marzo 1989) donde Francisco Tomás y Valiente me ofreció estas páginas para que se publicara el inédito de Ramón Carande. Algo así como lograr el arribo a la orilla de la tierra prometida del uno y del otro. Vuelen así don Claudio y don Ramón a su Anuario. Pero me ha parecido mejor arropar su publicación con estos otros datos que a la vez, repito, lo atemperan y motivan. Sin escándalo, sin acritud, sinceramente. También los maestros pueden enseñar de humanidades.

BERNARDO VÍCTOR CARANDE
«Capela», Navidad 1989

Escritas en el campo, lejos de libros y de otras referencias puntuales, estas líneas dedicadas a festejar en fecha propicia la labor enorme de Claudio Sánchez Albornoz, no aportarán nada nuevo de carácter crítico acerca de sus obras mayores. Maestros eminentes las juzgaron, o están juzgándolas. De las investigaciones de Albornoz me limito a repetir, como muchos creemos, que en el campo de las instituciones leonesas y castellanas de la edad media no tenemos hoy un historiador mejor cualificado; ninguno de fertilidad semejante contribuyó tanto a esclarecer la historia política y social de España. La certera elección de temas, la tenacidad probada en circunstancias adversas, la envidiable destreza para escudriñar y revelar correlaciones, la insinuante penetración en íntimos repliegues de los sucesos históricos dentro de sus medios, el eventual y el duradero, la gravedad de los procesos contemplados, o presentidos, sobre las fuentes inéditas explican cumplidamente que las versiones de Claudio Sánchez Albornoz acerca de alguna manifestación de nuestra personalidad histórica sirvieron de clave que corrige y supera (legítimo es recordar lo que está probado) posiciones firmes de un autor contemporáneo de fama universal en la historia del Derecho. A ello, principalmente, debe nuestro compatriota requerimientos continuos, o periódicos, de institutos y colegas extranjeros.

Por estar reconocido lo antedicho no he de insistir y voy a retrotraer recuerdos correspondientes a los días de mis relaciones iniciales con Claudio Sánchez Albornoz. Para ello habré de volver los ojos al segundo quinquenio de los años 20, remontando el curso del tiempo a fechas anteriores, o invocando algo de las actuales, si lo requiriese el propósito de esta narración menuda y personalísima, que tendrá presente una fase del desarrollo de la educación, la enseñanza y la investigación entre nosotros.

A Albornoz le otorgan, en 1924, el premio nacional Covadonga nuestras dos más ilustres y antiguas Reales Academias. La obra premiada examina el origen de las instituciones medievales castellanas, pero está inédita y, según palabras de una carta del autor, invocada por mí en otra ocasión, «no aparecerá jamás porque me falta la bibliografía precisa para poder aprovechar los miles de documentos consultados y reunidos». Sirva el inciso, que conociendo el ímpetu de Albornoz, produce angustia, para confirmar que la larguísima serie de sus publicaciones continuará incompleta mientras guarde retenido aquel brote de sus primeros alumbramientos.

No nos conocíamos de vista cuando una carta suya me hizo saber que se proponía incluirme en el pequeño grupo de redactores del *Anuario de Historia del Derecho Español*, revista que editaría el Centro de Estudios Históricos. Albornoz fue, durante

más de diez años, el director efectivo, seleccionador e iniciador perseverante de colaboradores nacionales y extranjeros, y organizador de cuanto considerara indispensable para dar a la revista una autoridad que no tardaría en alcanzar y conservaría viva, dentro y fuera de nuestro país. Basta leer juicios aparecidos en páginas de las revistas mejor calificadas para medir el triunfo conseguido. Como quiera que solamente participé en la redacción del Anuario con una traducción, un artículo, algunas notas y algunas copias de documentos (y, eso sí, eligiendo la cartulina que habría de envolver los ejemplares, entre varias muestras que el mismo Albornoz me envió a Sevilla) nada de lo que pudiera parecer elogioso me alcanza. Tampoco he intervenido en la publicación de cualquier otra revista ni podría, por lo mismo, certificar con propia experiencia hasta donde llega lo ingrato de la asiduidad, ni el cupo de paciencia indispensable en los gestores de empresas de este género. Dio ya Albornoz prueba concluyente de felices iniciativas, ductilidad, transigencia y generosidad; pero admiro, sobre todo, la confianza que tiene en sí mismo y sus dotes magistrales de organizador. Puesto que la dispensa de mercedes, y entre ellas incluyo las espirituales, totalmente gratuitas, unas veces causa gratitud y, otras, resentimiento (si el favorecido llega a considerarse humillado), no puede sorprender que alguien pueda hablar del caciquismo de Albornoz, cacique caído, que ya no da sombra. Hojeando los números aparecidos en aquellos años encuentra uno al pie de muchos artículos la firma de Albornoz, pero no luce menos, en aquella serie, la riqueza de estímulos despertados por Albornoz, en próximos y extraños, venciendo la resistencia de los menos propensos a escribir y poniendo a disposición de todos las páginas del Anuario. La variedad y calidad de los trabajos publicados resplandece y, si prescindiendo de muchos nombres que no recuerdo, puedo de memoria citar unos cuantos selectos colaboradores del Anuario: Miguel Asín Palacios, Manuel Torres López, Román Rianza, Melchor M. Antuña, José López Ortiz, Alfonso García Gallo, Fernando Valls Taberner, José Ramón Prieto Bances, José Antonio Rubio, Alfonso García Valdecasas, José M.^a Lacarra, Luis García de Valdeavellano, Luis Vázquez de Parga, Angel Ferrari .. sería interminable (si acertara a darla íntegra) la lista de los estudiosos, de ambos sexos, alentados y dirigidos por Albornoz que se adiestraron cerca de la documentación manuscrita explorando archivos, e iniciaron, con arreglo a plan (una vez más) la edición de manuscritos que habrían de conducir, si la fatalidad no lo impidiese, a que tuviéramos hoy una colección monumental de nuestras fuentes históricas, de acuerdo con las exigencias críticas.

Ya que estas páginas las escribo por haber participado (nominalmente) en la redacción del Anuario, sería incorrecto, y lo lamentaría también Albornoz, no mencionar con buena nota los nombres de dos redactores que lucen en el reverso de la anteportada de los diez o doce primeros números. Otros motivos tengo para recordar a Galo Sánchez y a José María Ramos Loscertales, pero aquí al incluirlos me atengo a lo que el propio Albornoz declara: que fueron sus colaboradores más inmediatos en edad, escolaridad y comunidad de afanes. He aquí, pues, en silueta, y entre anécdotas, rasgos que recuerdo de uno y otro colega.

De Galo acabo de recoger en Río seco muy buenas impresiones. Ha recuperado la salud, venciendo, al parecer, una dolencia que a raíz de su jubilación llegó a preocuparnos. Hoy, en casa de hermanos suyos, se siente feliz sin clases y sin exámenes, lejos de la Universidad. Una persona de la familia, cuando nos despedía, después de escucharme decir que encontraba a Galo restablecido declaró: «sí, está muy bien, pero creo que no se comporta normalmente». Esta es la mejor señal de que está perfectamente, estuve a punto de replicar, sin poner en duda lo más mínimo la sólida cordura del que estuvo enfermo. Si lo normal ha de ser, como acertando piensa mi interlocutor, conducirse de la manera que consideramos ordinaria y más corriente, Galo vive ahora, como vivió siempre, lejos de lo normal encerrado en su mundo recóndito. No es normal, ciertamente, que un intelectual desconozca la vanidad y el engreimiento y no pretenda deslumbrar al prójimo, ni apetezca laureles y glorias; no es normal en un catedrático de nuestro escalafón, sin otros recursos, que no repare en lo mezquino del sueldo, ni en si le pagan o no los derechos obvencionales, ni solicite el trato ventajoso de la llamada plena dedicación; no lo es que el vocal de un tribunal de oposiciones ponga al presidente en trance de recurrir a la radio para localizar a Galo, a fin de proseguir los ejercicios pendientes; no lo es que un español hable en voz baja con sosiego y sin misterio, sin creerse salvador de la patria, ni aplaudir, ni silbar, las decisiones de cualquier régimen político imperante y sin enterarse de cuál es éste; no lo es que un leonés, grave y austero como los mejores, pase callado ante lo que le rodea con una indiferencia que creeríamos absoluta si no percibiéramos rasgos de un humorismo suavísimo, que tampoco es normal en las gentes de Tierra de Campos, ciceronianas por su elocuencia y sus rencillas. En una galería dedicada a quienes denomino «mis raros predilectos» está Galo, rodeado de maestros y amigos, vivos y muertos. La mayoría de ellos no escribió nada, o muy poco y, si Dios no lo remedia, quedarán olvidados en cuanto desaparezcamos los poquísimos mortales vivos que tuvimos la suerte de escucharles a menudo. Galo ha escrito más que otros de

la serie, pero no refleja plenamente su producción las luces de su inteligencia y su dominio de la crítica histórica. Sus rarezas y nuestros fallos en la promoción de incentivos indispensables para el cultivo de los frutos intelectuales habrán amortiguado sus impulsos. No sé si acierto al sospechar que, en la Universidad de Valladolid, le impresionó más que nada la personalidad de Canseco, pero, acierte o no, encuentro rasgos inconfundibles de aquel maestro incitativo y desconcertante en las conversaciones y en la producción de Galo que tiene, según nos dijo, el propósito de dedicar a su maestro unas cuartillas; lo dijo después de haberme impresionado con la retentiva de una variedad de datos puntuales que atestiguan la viveza y lozanía de su memoria. Algo de lo concerniente a Canseco que le escuché y que, en el acto, confirmé sobre las páginas de un libro cuyo título y cuyo autor acababa de citarme, me sorprende en cuanto nos descubre a Canseco con la pluma en ristre, sin que nadie le requiriese, tomando apuntes de lecciones escuchadas en dos universidades alemanas, Halle y Berlín. Sería un hallazgo inestimable dar con estos apuntes de explicaciones de Stammler y de Simmel, autógrafos de Canseco que en agosto de 1933 conservaba «como legado precioso» un discípulo suyo. Así consta en el prólogo de la traducción de un libro alemán impreso en Barcelona en 1934. Galo es el llamado a puntualizar el caso, y yo me dispongo a realizar las pesquisas encaminadas a dar con el paradero de estos apuntes, y le comunicaré lo que averigüe.

Si hablo de Galo, acaso más de lo que debiera, puede justificarlo una coincidencia de fechas de jubilaciones que no ha pasado inadvertida ante Claudio Sánchez Albornoz, a quien tuvimos presente en aquella visita. En una estantería de la habitación donde conversábamos forman ringlera libros del compañero peregrino a quien estuvimos festejando. No encubría Galo su satisfacción mostrándome ejemplares de la tirada aparte de artículos recientes que Albornoz le dedica, con unas líneas de su puño y letra. Al Ordenamiento de Nájera, si no me equivoco, está consagrado uno y recuerdo que, después de leer la letra enrevesada de alguna palabra de la dedicatoria manuscrita, a la luz del crepúsculo, le escuché a Galo decir: «de la discrepancia de nuestros juicios sobre el particular no debería preocuparse lo más mínimo Claudio, ya que ni siquiera estoy seguro de la existencia, como tal ordenamiento, de dicho texto». De pocas cosas opinables está seguro Galo Sánchez. La duda le guía y le contiene; no arrostra la aventura con afirmaciones cuestionables. Lo escrito por él, con estilo impecable y que nos parece poco, descansa sobre firmes cimientos. Su análisis crítico de textos jurídicos es magistral. Uno relee con deleite, la introducción al fuero de Madrid. Sus ediciones de fuentes están cuidadísimas; sus comentarios son sagaces y originales.

Pero no seguiré porque me faltan los atributos del especialista para decidirlo. De Galo me atrae, más que nada, su elegancia espiritual y su curiosidad por todo género de buenas lecturas. ¿Cuántas horas habrá pasado en la Biblioteca del Ateneo? Me atrevería a decir que más de la mitad de sus vigiliias. Así como, a juicio de algunos españoles, sería nuestro Paul Valéry un condiscípulo, coetáneo y coterráneo de Galo y según un español de fuste Valéry un poeta ripioso, a mí se me antoja que Galo está realizando un anhelo de Valéry, el de ser un Valéry inédito: sabe tanto latín y aunque sea un adán, como dicen en Tierra de Campos, su elegancia espiritual y su perfil, que le apartan de escribir y de publicar, me recuerdan de nuevo, el apartamiento del mismo Valéry, que declaró estar avergonzado de haber escrito tanto. Es Galo, como Soltura, otro raro insigne, un consumidor de frutos exquisitos del espíritu; tiene una cabeza bellísima y su desaliño no le roba distinción. Sabe escuchar y cuando, entre unos pocos amigos vence por fin a su timidez, y se expansiona, no consigue encubrir lo que goza hablando de temas predilectos. Su lenguaje es lapidario, como el de muchos coterráneos suyos, y certeros y gráficos los calificativos que se le ocurren. Los rasgos finísimos de su cabeza me gustaría que los labrara, en medallón o en busto, un buen escultor para que luciesen en el seminario de Historia del Derecho de cualquiera de las universidades en que ha enseñado y ha formado discípulos este asceta incrédulo.

José María Ramos Loscertales nace unos tres años antes que Galo, y que Albornoz, y que Ots, y es el único de los fundadores del Anuario que no llegó a cumplir los setenta. Su labor en la investigación y en la cátedra fue la de un recoleto, como su vida de hombre recluido en el hogar. En revistas y otras publicaciones seriales está recogida casi toda la obra impresa de Ramos. Sus escritos exploran diversidad de temas y la sed inquisitiva que revelan les aproxima a los de Albornoz; en cambio, el estilo de Ramos es sentencioso, muy comprimido y de menor fluidez, o acaso, menor jugo que el de Galo; está libre del desbordamiento anejo a la facundia poderosísima del más joven de los tres. Entre los miembros del comité de redacción del Anuario, Albornoz consigue de Ramos una continuidad que ninguno llegó a darle. Seis son, según mi cuenta, los números del Anuario que insertan trabajos suyos, casi todos sobre temas de Derecho aragonés medieval. A estudiar la germinación de este Derecho, con el de Navarra, dedica gran parte de su labor, pero su deseo de averiguar cosas diversas y su extraordinaria perseverancia, puesta a prueba, con insatisfacción le llevó a confines de la historia de la España más remota y, por la otra vertiente, al siglo XIX. Si no publicó nada referente a éste, uno de sus discípulos nos recuerda que el rei-

nado de Isabel II «fue objeto frecuente de sus cursos universitarios y tema circunstancial de alguna conferencia». Este mismo, Valdeavellano, con Lacarra, darán a conocer trabajos inéditos póstumos de Ramos, tales como «el primer capítulo, enteramente redactado» de una obra magna, y acaso también publiquen más de un esbozo delator de las proporciones de la faena concebida y perseguida por Ramos, que cercenó su muerte.

Ramos, de abolengo aragonés, en la Universidad de Zaragoza cursa las carreras de Filosofía y de Derecho. De dos grandes maestros de Historia, Giménez Soler y Serrano y Sanz, recibió aprendizaje y no sería extraño que al primero (formado entre los legajos de archivos, y sin gusto para las lecciones en la universidad) le debiera, por lo pronto, su adiestramiento ante las fuentes inéditas medievales y el amor que les rindió durante toda su vida. Recuerdo la admiración y el cariño del paternal Finke por don Andrés, hombre a la vez tierno y áspero. Así como le gustaba buscar manuscritos y dirigirles preguntas no sintió vocación docente; lo atestigua esta frase suya: «a mí Hinojosa me hizo la Pascua metiéndome en la universidad». Era divertido advertir el tono zumbón de Finke cuando (cosa frecuente) don Andrés refunfuñaba, y tenía, Finke, que corregirle arrebatos inocentes recurriendo a evocaciones eruditas, «aquél obispo de Palencia amigo nuestro de quien hablamos, uno del siglo XIII, recuérdelo usted no se enfadaba por cosas nimias». Los rasgos más visibles del carácter de Ramos, distinción, dignidad, señorío, revelarían mayores analogías con Serrano y Sanz, si es fiel la imagen fugitiva, que veo flotar, del malogrado don Manuel cruzando una sala con aire de lord de barba negra. La devoción de Ramos por el Derecho medieval (ignoro quiénes fueron los catedráticos de la facultad de su tiempo en Zaragoza) debo atribuírsela, más que a nadie, a Hinojosa. En realidad sé muy poco de su vida íntima, pero no acierto a prescindir de lo anecdótico. Pocas ocasiones tuve de hablar con Ramos en Salamanca, casi todas ellas durante su rectorado y el mío, coincidentes por obra y gracia de don Elías Tormo. Mientras recuerdo a Ramos y leo párrafos de cartas que me escribió, hasta el período de la última enfermedad, me asaltan maneras de expresarse y manías inocentes, contagiadas de Unamuno. No es fácil tras muchos años de convivencia y amistad ¡y en Salamanca! librarse de su influencia omnipresente. Ahora bien, a diferencia de don Miguel gran caminante, con paseos por la plaza y excursiones frecuentes, le atrae y retiene a Ramos la clausura, en una habitación mínima del pobre piso en que murió, en el paseo de las Carmelitas (donde acabo de visitar a su viuda y a su hija).

Le recuerdo envuelto, como yo, aquel día, en una densa humareda de tabaco saboreándolo como un manjar y diciendo que el

aire del campo, «los aires colados», no son cosa buena. Tenía mucho de planta de invernadero y era en el trato social (o así lo veo) muy acogedor, pero reservado; deseaba quedar bien, cuanto antes, para volver a la clausura. Su viuda y su hija, decididas a no separarse de lo que con él veían, y para estar cerca de sus restos, me ratificaron aquellos recuerdos. La extensión del horizonte histórico que columbrara Ramos con afán permite compararle a distancia con Costa, nada menos, ¡nada menos! digo, teniendo presente lo que de éste piensa Hinojosa. La reseña de las publicaciones de Ramos que tengo a la vista, certifica hasta qué punto, después de la separación, persiste su devoción por el amigo distante: con frecuencia brinda a Albornoz nuevos frutos de su pluma. En efecto, Ramos colaborará durante tres años consecutivos, desde 1947, en los *Cuadernos de Historia de España*.

No he de examinar, ya lo dije, los escritos de Albornoz de cualquier tiempo, por las razones indicadas en las primeras líneas de estas cuartillas, pero tampoco soy capaz de contenerme ocultando el asombro que siento ante cualquier número de la larga serie de estos cuadernos. Únicamente un hombre dotado de vocación avasalladora y de tenacidad singularísima, consigue superar su propia marca en el desarrollo de su magisterio. Albornoz ha vencido circunstancias de lugar nada propicias para la investigación de temas de nuestra edad media. Ramos, con los tres artículos publicados en Cuadernos le manda, respondiendo a sugerencias de Albornoz, un artículo más para otra revista de Buenos Aires. ¡Dediquemos siquiera un segundo a la memoria de José María Ramos Loscertales!

El Anuario habría de nacer después de llevar algún tiempo reunidos cerca de Hinojosa los tres estudiosos a quienes me refiero, y no nacería en la Universidad sino cuando Hinojosa, en los años últimos de su vida, solicitado por el Centro de Estudios Históricos, había ya conducido sesiones de un seminario de Historia del Derecho. Allí, en el Centro, encuentra por fin ambiente favorable la recepción de su enseñanza y allí prenderían las labores de siembra de este gran historiador, de autoridad proclamada por Heidelberg confiriéndole el doctorado *honoris causa* y que, sin embargo, hubo de esperar muchos años en la Escuela de Diplomática, antes de que la Universidad le acogiese.

En la Universidad, en la clase de Hinojosa, descubre un día Albornoz a Canseco quien, por iniciativa de aquél, figuraría como director del Anuario, en el elenco de redactores. Esta designación está repleta de sentido. Imaginaría Albornoz que la dirección de Canseco tenía que ser nominal, como tantas, pero ¿no quiso hacerla simbólica? Así lo pienso. Las ráfagas del espíritu de Canseco, el eco de sus memorables conversaciones, sería lástima que llegase

tan sólo a unos pocos elegidos y, por lo mismo, fueron recogidas en las hojas de una revista. El hecho de que Canseco, maestro coloquial extraordinario, se sintiese atraído por Hinojosa, y en los coloquios celebrados en el Centro surgiera el Anuario, merece señalarse. No creo que se extraviara quien atribuyese el contacto de Canseco a Hinojosa a insinuaciones de un colega de Canseco en la Universidad de Valladolid, maestro como él en derecho histórico y en filosofía jurídica, compañero suyo en universidades alemanas y, en todo, o casi todo lo demás, tan distintos el uno del otro como la cigarra y la hormiga. No olvidemos que, a pesar de sus diferencias, o precisamente percibiéndolas, se estimaron y se admiraban recíprocamente. Hablando un día con Miguel M. Traviesas, discípulo y auxiliar de Canseco y de Castillejo en Valladolid, llegué a creer en las probabilidades de esta versión. El Anuario habría de ser el heraldo de Hinojosa, maestro de Canseco, de Albornoz, de Ramos y de Galo Sánchez. Como quiera que ellos promovieron la empresa prescindiendo de los otros dos redactores ajenos al plan que recibieron ya trazado: un discípulo de Altamira, hoy famoso historiador de la recepción del derecho español en las Indias, y un economista alumno de Flores de Lemus y aprendiz de historia desde 1922, cerca de von Below y Finke. Si a este aprendiz alguien le preguntara ¿quién te descubrió a von Below?, respondería «Canseco», y ¿quién te descubrió a Canseco?, «Castillejo».

Tienen mayor importancia que la paternidad del Anuario los cuidados que Albornoz dedica al período de su crecimiento y la diligencia puesta en la conquista de reputación; pero no olvidemos tampoco la inmediata relación del Anuario con los frutos producidos por las mejoras de la educación, la enseñanza y el fomento de las ciencias que, a partir de unos veinte años antes, por lo menos, beneficiaron a la generación de españoles de la mocedad de Albornoz, joven escolar bien dispuesto a recoger lo que a tantos españoles faltara, muchas veces, ya que la continuidad, en este orden de cosas, no hemos logrado mantenerla siempre. La cuna del Anuario está, justo es repetirlo, en el Seminario de Historia del Derecho creado por el Centro de Estudios Históricos en una de sus secciones (cada una tuvo su revista) y sabido es que era el Centro una criatura de la Junta de ampliación de estudios e investigaciones científicas.

Precisamente a partir del año 1907 disposiciones dictadas por el Ministerio de Instrucción Pública acusan de qué manera en los medios oficiales se escuchaba la voz de grandes españoles reformadores de la enseñanza, voz que, aparentemente, venía clamando en el desierto. De entonces arranca la introducción de criterios pedagógicos y científicos opuestos a la uniformidad, a la rutina,

al culto de la letra muerta, a las declaraciones rotundas, a la grandiosidad pretenciosa, a la precipitación, a la indiferencia. Se comienza a prescindir de soluciones improvisadas, y persiguiendo la indispensable continuidad, se comienza a avanzar paso a paso, con precaución y perseverancia, eludiendo contiendas políticas o religiosas, ante los escollos interpuestos por intereses partidistas condenados a cambiar de rumbo, en cuanto cambiara el gobierno. En este sentido, dentro del marco de su competencia, medra la obra realizada por la Junta, en un ambiente de autonomía. Los criterios aceptados por la reforma emprendida se atenderían, desde luego, a las experiencias de países que habían renovado su régimen escolar pero, a la vez, lejos del mimetismo y de las copias no asimiladas, incompatibles con el respeto y la mejora de tradiciones y virtudes nativas nuestras, reconociendo la necesidad de preparar en el extranjero a nuestra juventud y a nuestros maestros, mientras en casa no tuviésemos todos los necesarios. Gran afán se puso en aprovechar las enseñanzas transmitidas por los pensionados que al regresar quedaban, en gran parte, incorporados a escuelas, laboratorios, y otros establecimientos que sirvieron de modelo, acometieron ensayos y promovieron innovaciones (Escuela superior del magisterio, Residencia de estudiantes, Instituto de estudios catalanes, Instituto escuela... más reforma de facultades universitarias y varias cosas menores) o desarrollaron lo que arrearara.

Certifica la rectitud y la independencia de la Junta un hecho conocido, y olvidado. Estando formada de veinte vocales y un presidente (Santiago Ramón y Cajal) elegidos con carácter vitalicio y honorario, entre profesores e investigadores representantes de diversas ramas del saber y de las más variadas opiniones y creencias, sin restricción alguna, fuesen o no confesionales, y adictos o no a la monarquía, todos los acuerdos tomados durante treinta años lo fueron por unanimidad y, por otra parte, las propuestas de la Junta presentadas al ministro, entre ellas anualmente la distribución y la consignación de los créditos presupuestarios votados en el Parlamento, siempre obtuvieron el refrendo ministerial. La Junta deliberaba una o dos veces al mes y un secretario general, con voz y sin voto, asumía la responsabilidad inherente a la ejecución de las resoluciones adoptadas.

El nombre del secretario general se pronuncia hoy muy pocas veces y apenas lo conocen las nuevas generaciones que ignoran, claro está, lo que debe la vida española desde comienzos de siglo, en este orden de cosas, a José Castillejo Duarte. No tengo a mano la fecha de su muerte, ni la de su nacimiento, pero su imagen me parece estar contemplándola: de talla más bien alta, era enjuto y ágil, recordaba su rostro el de algún clown, tenía la piel

encendida por el aire de la sierra, el pelo escaso, veladamente rojizo, los ojos, bajo los cristales de un *pince-nez* anticuado, incisivos; el bigote lacio, la expresión ambigua, sonriente y reservada. Era hombre de mínimas necesidades en comer y vestir. Creo que durante unos veinte años lució siempre la misma chaqueta de solapas muy pequeñas, con tres o cuatro botones dentro de sus ojales. Era un modelo de pulcritud, de tenacidad, de originalidad y de donosura. Inalterable en apariencia, ardiente de entusiasmo, consagrado a su obra. Hizo lo imposible para que nadie notase su existencia, pero quienes le escucharon en la Universidad, en la secretaría de la Junta, en su casa, o donde fuera, no olvidarán su mirada, ni sus palabras, fácilmente, ni tampoco estarían seguros de que aprobara lo que estábamos haciendo. Había en su actitud un no sé qué que era tan alentador como admonitivo. Nada dogmático, apenas proponía normas de conducta a quien le consultara, pero ni un instante dejó de pensar en la tarea propia y en la de todos. Fue magistral su acierto, en perpetuo desvelo, para hallar soluciones eficaces, que no hiriesen ni rozasen las convicciones, ni los sentimientos, de cualquier sector respetable de la conciencia de los españoles. Fue un creador de comprimidos sintéticos que lo integraban todo. Reunía, fundidos, rasgos del deportista y del diplomático, en grado superlativo. Hombre de pensamiento tan suyo como su comportamiento, asimilaba lo que mejor pudiera servir a su misión regeneradora. Conocía perfectamente a España y a los pueblos rectores de Europa y de todos, empezando por lo nuestro, recogió lo más fértil.

Y, para terminar, siguiendo la ruta trazada al comenzar estas cuartillas, con recuerdos anecdóticos, he aquí como, fuera de España, resonó una vez más ante mí el nombre de Claudio Sánchez Albornoz, emitido entonces, por un eminente jesuita vasco. Fue a fines de junio de 1953 en Roma, al caer la tarde, paseando sobre la terraza de la Universidad Gregoriana. Debía yo a este jesuita atenciones inolvidables ya que se había ocupado de buscarme instalación, de guiar mis primeras correrías, y de presentarme e introducirme en más de un archivo romano. Estábamos contemplando en el majestuoso contorno, desde aquella altura, cúpulas y torres destacadas que iba individualizando el padre jesuita una a una mientras conversábamos, contándole lo que me preguntaba de mis recientes impresiones de Berlín, entre ellas las recogidas en una visita al Colegio de San Pedro Canisio, y las de una conversación en casa de Federico Meinecke, que se extinguía dulcemente, tendido en una *chaise-longue*. Yo escuchaba el recuerdo que me hizo de cosas notables de Roma, la iglesia, la capilla, el altar único, por lo que dicen los romanos, y alguna noticia de Pío XII, del confesor del Papa, padre Bea, y de monseñor Montini.

Ya el primer día me había hablado de Albornoz, a quien había visto cuando se detuvo, a su regreso de Spoleto, unos días antes de mi llegada, y aquella tarde le escuché decir algo muy parecido o idéntico a esto:

«Dentro de la inmensa desazón del recuerdo de las pérdidas sufridas con el exilio de muchos hombres de mérito, una de las más dolorosas para mí es la de Albornoz, porque, así como más de uno de nuestros científicos ha encontrado y dispone ahora de medios precisos para la investigación, que en España no tenía, tiene que faltar a Albornoz, lejos de nuestros archivos, casi todo lo que necesita para continuar produciendo, y otro tanto perdemos nosotros. Es asombroso, ciertamente, que a pesar de todo trabaje con el fruto que vemos y que Europa no quiera prescindir de él. Ahora acaba de probar que aciertan quien lo solicitan. Por buscar algún consuelo sólo uno tenemos, observando la labor que realizan en América, en uno y otro hemisferio estos mismos españoles que nosotros hemos perdido».

RAMÓN CARANDE

Capela, 3 octubre 1963

A P E N D I C E

A-1 Carta 1.^a

De Luis García de Valdeavellano a Ramón Carande

Madrid, 7 octubre 1963

Querido D. Ramón: Recibí antesdeayer su carta y el texto de su colaboración para el «Homenaje a Albornoz. He leído sus páginas con verdadero deleite y le felicito por ellas con la mayor sinceridad. Preciosas, querido Don Ramón. Como hizo vd. con D. Laureano¹ en su contestación a mi discurso de la Academia², ha hecho vd. ahora con Galo y Ramos en su evocación del «Anuario» y todo lo que dice vd. de Albornoz es también acertadísimo: por mi parte ignoraba lo que le había dicho a vd. sobre Don Claudio el jesuita al que se refiere vd. en las últimas líneas. Creo que no se puede tributar a Albornoz mejor homenaje que la evocación de esas palabras, que llevan consigo, además, el reconocimiento de la gran labor realizada en América por los exilados. Todo lo escrito por vd. es un gran acierto y, además, contribuye a que muchas personas y cosas no queden olvidadas. Pilar³ ha leído también su texto y le ha gustado muchísimo. Conforme a lo que vd. me pide, he añadido a su lista de colaboradores del «Anuario» algunos nombres que completan los recordados por vd. Y enseguida le escribo esta carta, enviándole con ella su texto para que pueda remitirlo a Buenos Aires. Por mi parte, estoy escribiendo mi colaboración, que atiende principalmente a la labor de Albornoz como maestro en el Centro de Estudios Históricos y a su tarea dentro de éste, en el Instituto de Estudios Medievales, que preparaba, como vd. sabe, unos «Monumenta Hispaniae Historica». De lo que vd. me dice si creo posible y discreto que se dedicase en alguna sesión de la Academia un recuerdo a los 70 años de Albornoz, no sé qué pensar, la actual situación política de D. Claudio como jefe del gobierno republicano en el exilio más bien aconseja abstenerse, al menos de momento, de cualquier iniciativa. En todo caso, creo que lo mejor será que cuando vd. venga por Madrid, antes o después hablemos de ello y veamos la manera de realizar algunos sondeos previos para no dar un paso en falso. A propósito de la Academia, le diré que el pasado viernes se reanudaron las sesiones. Asistió el P. Battlori, que permanecerá en Madrid todo el mes de octubre según nos dijo. Está muy bien. En cambio, me causa tristeza muy grande tener que informarle de que D. Manuel Gómez Moreno no está nada bien. No asistió a la sesión y me dijo Angulo que D. Manuel había regresado de Granada poco menos que paralítico, que se había recobrado bastante pero que por ahora no podía asistir a las sesiones. La noticia me impresionó vivamente como le impresionará a vd. Le hablé a Angulo de ir a visitar a D. Manuel, pero me dijo que no lo hiciera por ahora para no almarle. Se lo digo, para que vd., de escribirle, no haga referencia para nada a esta enfermedad. Ya le tendré

1. Canseco.

2. 8 mayo 1960.

3. Señora de Valdeavellano.

al corriente de cómo continúa D. Manuel de salud. Dios quiera que se recobre, pero a su edad hay motivos sobrados para preocuparse. Por fortuna, Don Ramón⁴, en cambio, está magnífico. Asistió a la sesión y el verano en San Rafael le ha sentado admirablemente. A la sesión no fue Julio Caro, que supongo estará todavía en Vera o sabe Dios dónde. Con nuestros afectuosos saludos para M.^a Rosa, recuerdos para vd. de Pilar y un gran abrazo de

4. Menéndez Pidal.

A-2 Carta 2.^a

De Luis García de Valdeavellano a Ramón Carande

Madrid, 25 octubre 1963

Querido Don Ramón: Anteayer le escribí a vd. para hablarle del asunto Millares y mi carta se ha cruzado con otra de vd., que acabo de recibir y de leer. Dan ahora las ocho y media de la noche y vuelvo de la sesión de la Academia, pero quiero escribirle apenas leída su carta —y la insólita de la Sta. Grassotti— para poder echar ésta al correo mañana por la mañana y le llegue cuanto antes. La carta de la Sta. Grassotti que vd. me envía no sólo me ha sorprendido, sino que me ha dejado atónito y profundamente disgustado. Me ha dejado asombrado lo que dice y quiero creer que Albornoz lo ignora. La respuesta que vd. ha dado a la sta. Grassotti me parece la única pertinente: o se publica todo o no se publica nada. ¿Es que creen en la Argentina que se puede pedir colaboraciones para un «Homenaje» y luego no publicarlas sino en la forma que convenga a los organizadores? No entiendo la manera de actuar de estos organizadores del «Homenaje» a Albornoz. A mí, por ejemplo, me pidió la sta. Grassotti, con gran urgencia, una colaboración que limitaba a «cinco cuartillas». Las escribí y se las remití. La contestación de la sta. Grassotti tampoco fue conforme. Me escribió que mi colaboración era muy breve, diciéndome que D. Ramón¹, Ganshof, Verhinden, etc., habían sido más extensos. ¿Entonces por qué me pidió «cinco» cuartillas? La respuesta de la sta. Grassotti no me hizo ninguna gracia, pero le debo mucho a Albornoz, no quise que estas señoritas dijeran que me había quedado corto y envié una nueva versión ampliada, con lo molesto que es hacer la misma cosa dos veces. Y lo hice, por cierto, contra la opinión de Pilar, que me decía que con lo ya enviado bastaba, dado que mis breves cuartillas no podían ser más afectuosas. Ahora me encuentro con que, si yo había sido breve según Hilda Grassotti, vd., en cambio, le ha parecido largo. ¿En qué quedamos? Creo que ha hecho vd. muy bien en responder lo que ha respondido. Insisto en mi opinión —sincerísima— de que la colaboración de vd. era preciosa y honraba a Albornoz más que otra alguna precisamente porque habla vd. también de Galo. Ramos y Castillejo. Esa es también la opinión de Pilar. Su colaboración en modo alguno debe ser truncada. Confío —quiero confiar— en que, leída su respuesta, su trabajo será publicado íntegro. Pero si no es así, de ninguna manera debe publicarse en fragmentos. Si a vd. le ha disgustado —¡con cuánta razón!— la carta de la sta. Grassotti, crea que a mí me ha disgustado aún más. No se pueden organizar homenajes de esa forma. Nuestro recuerdo a M.^a Rosa, cariñosos saludos para vd. de Pilar y un gran abrazo de su amigo

1. Menéndez Pidal.

A-3 Carta 3.^a

De Luis García de Valdeavellano a Ramón Carande
Madrid, 16 noviembre 1963

Querido D. Ramón: Recibí su carta del 24 de octubre pasado que se cruzó con otra mía a propósito de la carta recibida por vd., de la sta. Grassotti, y no le he escrito a vd. antes pues esperaba a hablar con Gonzalo Menéndez Pidal, ya que era él quien me había hablado del asunto Millares y de la conveniencia de escribirle a éste. Pero Gonzalo no asistió a las últimas sesiones de la Academia y únicamente en la celebrada ayer pude hablar con él. Como se trata de ganar tiempo y sabemos que en la Embajada de España en Caracas le hacen llegar al lugar en que se encuentre las cartas que a la Embajada se le dirijan, hemos creído que yo mejor es que yo redacte una carta diciendo a Millares lo que yo le decía a vd. en mi carta, que la firmemos Gonzalo y yo (y si Julio Caro va a alguna sesión próxima —a la de ayer no asistió— que la firme él también, si quiere). La carta la dirigiremos a la Embajada, poniendo en el sobre que se suplica hacerla seguir al destinatario. El caso es que Millares quede enterado de que, si desea reingresar en la Academia, tiene que comunicar a esta su nueva situación jurídica que anula la O. Ministerial que hace años le dio de baja en la misma, ya que la Academia «oficialmente» ignora esa nueva situación. No se puede imaginar, querido D. Ramón, lo disgustado que me tiene la absurda idea de la comisión organizadora del Homenaje a Albornoz de no publicar íntegro su trabajo. Ya le expresé ese disgusto en mi última carta a Vd., pero quiero que sepa que hace algunos días le escribí a la sta. Grassotti una carta diciéndole lo que estimé de mi deber decirle. Veremos a ver lo que me contesta, pues el tono de mi carta, aunque cordial, era muy serio. Hace ya bastantes días fui a visitar a D. Manuel Gómez Moreno. Me produjo una impresión penosa ver la gran dificultad con que se mueve. Su cabeza está perfecta, llena de lucidez, pero, dada su avanzada edad, causa gravísima preocupación verle andar y moverse tan difícilmente. Estuvo cariñosísimo como siempre y me propongo ir a visitarle de vez en cuando. Desde luego, por la Academia no ha vuelto y su ausencia se nota extraordinariamente. Por fortuna, en cambio, D. Ramón¹ continúa magnífico y no se pierde sesión. Por Julio Caro y León Sánchez Cuesta sé que Alberto Jiménez está ya en Madrid, pero todavía no ha llegado Natalia. Todavía no he podido verle. Nuestros afectuosos saludos a M.^a Rosa, cariñosos recuerdos de Pilar para vd., y un gran abrazo de su amigo.

1. Menéndez Pidal.

A-4 Carta 4.^a

De Ramón Carande a Hilda Grassotti
Madrid, 20 diciembre 1963

Querida amiga: Se prolonga el silencio de vd. y ante la incertidumbre del destino que hayan decididos dar a las cuartillas que dediqué a mi admirado Don Claudio, me permito solicitar respuesta porque a estas fechas, siempre que Don Claudio lo permitiera, me inclino a publicar íntegra mi

colaboración en una revista española, en la *Revista de Occidente*. Como sabe vd. no autorizaría una desmembración de mi trabajo y si, por las razones que respeto, no tuviese, en esta forma, acogida en el proyectado Homenaje, agradecería mucho que me lo comuniqué cuanto antes. Si la respuesta tardase interpretaré que acceden vds. a reconocermé en libertad para hacer lo que indico. No dejaré de reiterarle el disgusto que me produjo no haber acertado en la redacción de mis cuartillas. Crea en mi afectuoso recuerdo.

A-5 Carta 5.^a

De Hilda Grassotti a Ramón Carande
Buenos Aires, 26 diciembre 1963

Distinguido amigo: Su carta me ha producido alegría y tristeza; alegría porque me permite reanudar el diálogo y tristeza ante el anuncio de su propósito de publicar las cuartillas que nos envió para el Homenaje a Don Claudio. Le debo la verdad. En su día no me atreví a dirigirme a vd; por ello escribí en nombre de mis compañeras a Valdcavellano solicitando su intervención cerca de vd. para apoyar nuestro ruego de que enviara otra colaboración. Pero Luis era prisionero de la aprobación que había dado a su escrito y del respeto amistoso que siente hacia vd; y lejos de ayudarnos me escribió muy violentamente. Decía que estábamos equivocadas y que sometiéramos el caso al Dr. Albornoz. Así lo hicimos. Don Claudio, tras leerle se entristeció muchísimo y nos dijo: «Gran desilusión. He sido siempre gran amigo de Carande y he creído que lo era mío. A lo largo de muchos años le he mostrado gran afecto incluso en ocasiones que probablemente ignora. Y él descubre en algunas frases ingratas, entre líneas y en el conjunto de su escrito un evidente desdén hacia mí y muy poca amistad. Yo no le habría pospuesto a nadie, ni habría trazado el elogio entusiasta de otros dejándole en la sombra. Y he procurado honrarle enviando para su homenaje lo mejor que tenía en el telar de tema cercano al campo de sus estudios quebrando un libro en preparación. Pero paciencia y barajar. Soy un cacique caído a quien sólo la *facundia* distingue frente al talento de mis amigos de otrora». Su carta me permite insistir acerca de vd. con el encarecido ruego de todas nosotras de que nos envíe una colaboración como el Dr. Sánchez Albornoz merece y como merece su amistad y afecto hacia vd. Todos podemos equivocarnos. Medite vd. Reléase y considere nuestra reacción y la del Dr. todavía más tajante. ¿Qué va a ganar vd. con publicar su escrito? Está vd. cien codos sobre todas nosotras, pero tenemos el deseo de vencerle. Ya sabe lo que piensa Don Claudio. Y con gran temor, pero con gran sinceridad, me atrevo a decirle que lo que vd. se propone hacer sería la ruptura entre dos viejos amigos y entre dos grandes maestros. Y sería además el escándalo que saborcarían con fruición todos los enemigos de ahí y de aquí. Repito mi encarecido ruego. Desista de la publicación unitaria. Tracc el elogio de los amigos de Don Claudio al margen de su Homenaje cuando éste haya aparecido y sin parangonarles con Don Claudio. Y colabore con nosotras. Hemos recibido una enorme cantidad de comentarios y adhesiones razonadas —más de doscientas cincuenta— y muchos sin previo requerimiento. Se han unido a nuestro empeño una veintena de profesores alemanes, otra veintena de profesores franceses; muchos de Italia, muchísimos de los EE.UU., de Portugal, de Bélgica y de la América espa-

ñola; de todas partes, incluso de más allá de la cortina de hierro. La gran mayoría de ellos ha estampado juicios maravillosos del hombre y de su obra. Los menos se han limitado a dar solamente su nombre. Se han adherido varias Universidades —la de Bologna entre ellas; muchas Facultades y Centros de Investigación de Europa y América: L'Ecole pratique des Hautes Etudes de la Sorbonne, la Medieval Academy of America, y la Revista de Occidente. Han colaborado desde profesores hebreos, protestantes, ortodoxos y ateos a obispos, abades y religiosos. Y en torno al nombre de Don Claudio se ha hecho la unidad entre los españoles de las más opuestas ideologías y tendencias. Sólo falta vd. en el Homenaje, y porque vd. falta el Homenaje está trunco. Grande y respetado amigo, escuche usted nuestro ruego. Rompa todas las cuartillas y envíenos un magnífico estudio de la obra y de la persona de Don Claudio —Ots ha hablado ya del Anuario Demostrará un gran corazón y un alma grande y dará a Don Claudio la máxima alegría. Estamos seguras de que escuchará nuestro ruego y que remitirá unas maravillosas páginas en honra del Doctor y en su propia honra personal, pues al honrar a Don Claudio se acrecentará su crédito. Son vds. los dos más grandes historiadores españoles de hoy y vd. está ahí por encima del bien y del mal y el Dr. Albornoz lleva una vida en el destierro por permanecer fiel a un ideal y en larga lucha con la adversidad. Si nos escucha, ¡qué emoción la mía y la de todos los discípulos y amigos del Dr. Albornoz y qué alegría la de todos sus adversarios y émulos en la vida española y argentina si nos desoye! Estoy segura de cuál será su elección porque en ese concierto de voces amigas no puede ser vd. nota discordante. Espero sus cuartillas con urgencia y una respuesta a vuelta de correo para reservarle unas páginas en el libro. Y perdone si algo de lo que acabo de escribir le parece demasiado osado dada la situación de vd. en la cumbre y mi insignificancia. Lo he escrito con el corazón. Con la mejor amistad.

P.S. Hace años vi a Don Claudio romper unas cuartillas en réplica a García Gómez que le había combatido, y el Dr. que no rehúye la polémica y que a veces es agrio, con gesto señorial trazó incluso el elogio de Don Emilio en su ensayo «Ante una versión del Collar de la Paloma». Le pedimos mucho menos porque Albornoz le ha dado siempre pruebas de amistad y de viva devoción científica y personal.

A-6 Carta 6.^a

De Ramón Carande a Claudio Sánchez Albornoz

«Capela» Almendral, 31 diciembre 1963

Mi querido amigo: Acabo de recibir, en las postrimerías del año, un disgusto considerable leyendo una carta de la sta. Hilda Grassotti, referente al homenaje merecidísimo que rinden a usted numerosos admiradores, calificadísimos, y en el que declararé en su día que deseaba participar. Hoy tengo que lamentar verme excluido por mi manifiesta torpeza. Lo que más me disgusta ahora es leer que mi borrador de colaboración haya podido entristecer a usted «muchísimo» y que, habiendo yo pretendido otra cosa encuentre usted «frases ingratas entre líneas y en el conjunto un evidente desdén y muy poca amistad». Como quiera que no habría de poner en duda su capacidad interpretativa, suficientemente probada, reconoceré mi incapacidad para decir en castellano lo que siento, puesto que di lugar a lo que acabo de transcribir cuando pretendía festejarle. No dejé, sin duda bastante claro lo que pensé que se desprendía del contexto: así, acerca del «ca-

cique caído» me refería a que hoy gentes que recibieron de usted mercedes a granel se consideran humilladas y (reconociendo en su fuero interno que no las merecían) vuelven la espalda al caído que, según ellos, caciqueaba encumbrando a los mediocres (y que todavía lo son no parece dudoso). Nunca pensé dar lugar al reconocer a usted «facundia poderosísima» que creyera nadie que la facundia se opone al talento. La abundancia y facilidad de expresión la contrapongo, en mi escrito, al estilo sentencioso y comprimido de Ramos. No me parecía necesario repetir lo que ya declaré en la primera página: la fertilidad, la penetrante insinuación y el gran acierto de hallazgos decisivos de usted. Si elegí a Galo y a Ramos lo hice recordando que, según propias palabras de usted, eran los mosqueteros del Anuario, y si me refería exclusivamente al Anuario fue atendiendo indicaciones recibidas, ya que la sta. Grassotti invocaba mi participación en la revista cuando requería mi colaboración. También tuve presente que bien merece Galo un halago y que rendíamos homenaje a un caído en la brecha. Que usted pueda creerse oscurecido con ello tiene que ser una mala interpretación de nuestro corresponsal. En fin, cuando se escribe algo prevalece la versión de los mejores lectores y, en el caso presente, el mejor de todos para mí es la persona a quien dedicaba mi trabajo. Dicho esto huelga añadir que no he de publicar el escrito que usted conoce por ahora por lo menos. Acaso, Dios sabe cuándo, procure mejorarlo; si lo hiciera tampoco lo publicaría sin el beneplácito terminante de usted. Que me adhiero cordialísimamente al homenaje es tan cierto como que lo ocurrido me deja consternado. Antes, después y siempre, aunque usted lo dude, mi amistad es la misma, inmensa, como mi gratitud y mi admiración.

A-7 Carta 7.^a

De Claudio Sánchez Albornoz a Ramón Carande
Buenos Aires, 6 enero 1963

Amigo Carande: Lamento que el asunto del homenaje que han preparado mis discípulos argentinos le haya acarreado disgustos. Conoce el muy grande que me produjo la lectura de su colaboración. Principalmente porque me hizo dudar de su amistad que estimo por cima de todo este ritual ceremonioso. Por ello me ha producido gran alivio la lectura de su carta por lo que en ella hay de reiteración de esa amistad que creía quebrada. A veces no expresamos con bastante claridad nuestro pensamiento y damos a las palabras sentidos que no tienen. Yo he incurrido también en tales caídas. Pero debo declararle que tiene vd. una extraña manera de elogiar que no comparto. Sentiré que estas palabras le disgusten y suenen impertinentes. Mi amistad leal me obliga empero a ser sincero. Para justificar mi juicio imagine que al evocar su vida y milagros el Marqués de Bolárque le hubiese dedicado tres cuartillas no muy entusiastas ni ceñidas y once desbordantes de emoción a dos amigos suyos, dejando a vd. en la sombra. ¿Se molestará si le digo que su discurso de contestación a Valdeavellano desconcertó a los más por haber dejado un poco al margen a Luis para dedicar *demasiada* atención a Canseco? Perdone que le diga mi opinión. Si no cambia de sistema el de ahora va a procurarles nuevos disgustos. Muchos piensan ahí y aquí como yo aunque no se atrevan a decirselo. Por viejo y por amigo de corazón le debo esa confianza. Y desco con toda mi alma que ella no arroje ninguna rencilla en nuestra vieja amistad, que deseo dure mientras vivamos y más allá de la muerte. Lo sucedido en el

caso concreto que ha motivado su carta y que motiva esta respuesta no es culpa de la sta. Grassotti. Le ruego que sea justo con ella. Quienes han organizado el homenaje y han leído las colaboraciones recibidas —las profesoras Carlé, Grassotti y González al frente de ellos— quedaron muy sorprendidas al leer la suya. Juzgaron unánimes lo que Hilda, con gran preocupación de serle grata, le dijo en su día. Era ella la encargada de la correspondencia, pero la carta fue leída y aprobada por todas. Y conoce vd. lo ocurrido luego por la última de la sta. Grassotti, que *me consultó* y que escribió con la más devota admiración hacia vd. y sin el menor propósito de importunarle. Reléala. Sabe vd. el gran cariño que me unió a Ramos y que me une a Galo. Dedicué al primero páginas emocionadas. Y me parecen pocos cuantos elogios consagre vd. a ambos. Pero puesto que mis discípulos y yo mismo hemos recibido al leer su escrito la impresión de que me trataba con desdén puede estar seguro de que mis enemigos de ahí y de aquí sabandijas de calidades y clases muy distintas, se habrían frotado las manos de placer al interpretar aún con más acritud el parangón que nos hirió. Por ello las profesoras Carlé, Grassotti y González, por la pluma de la segunda, le rogaron el desdoble de su colaboración, que trazara la evocación mía a su placer y que, publicado el homenaje, aparte y como apostillas al mismo hiciera de Galo, Ramos el elogio que quisiera. Muy a la hispana, vd. decidió «sostenello y no enmendallo». Por ser yo objeto del homenaje y pivote del problema no tengo derecho a pedirlo que haga lo que le rogaron. Pero como Hilda le decía en su carta el Homenaje estará trunco sin su colaboración. Tiene vd. juventud y flexibilidad espiritual sobradas para «sostenello y enmendallo» Han debido retrasar todo por falta de dinero. Soy español pero no tengo a España detrás y por no ser argentino tampoco tengo derecho a nada de la Argentina. Ahora parece resuelto el caso. Va a ser la Facultad quien edite el que de folleto se ha convertido en libro. La gente joven del claustro es muy cordial conmigo y lo es el Decano, José Luis Romero, que fue discípulo mío. Pero según me informan los trámites burocráticos impedirán dar los originales a la imprenta antes de avanzado marzo. Hace muchos, muchos años oí contar a mi tía bisabuela Filomena Ramírez de la Piscina, tía también de Filote Pimentel, la frustrada esposa del sucio Canseco, que en septiembre de 1868, Espartero —ella era riojana y de familia liberal— salía de Logroño todos los días a la carretera de San Sebastián y se ponía a escuchar por si sonaban los cascabeles del coche en que aguardaba a que la reina Isabel le enviara a su hijo para salvar la dinastía. Voy a estar en París —Bl. Jean Jaures 56, Boulogne-Billancourt— a donde vuelo el día 8, Dios mediante, esperando la noticia de Buenos Aires de que ha llegado su colaboración para el Homenaje. Espero tener mejor suerte que el Duque de la Victoria, quien el año de la Gloriosa era también un cacique caído. Y conste, a propósito de su juicio sobre mi caciquismo, que es injusto vd. al suponerme derrochando inmerecidas mercedes. Sin cometer injusticias contra nadie, he ayudado, ahí, a quienes inteligentes o mediocres —no podía poner un cartel «sólo se admite a genios»— solicitaban mi auxilio para sus problemas. Por lo demás, la ingratitud es vicio milenario. Mi padre me contó un día que Bravo Murillo, a quien Madrid debía nada menos que la traída de aguas, por ser a la sazón un cacique caído hubo de ver mezclado entre el pueblo el saltar del primer chorro en la calle Ancha porque nadie se había acordado de su obra personal. Frente a la ingratitud y a la murmuración he rendido culto a la amistad y he sido siempre amigo de mis amigos y seguiré siéndolo; porque la amistad es para mí una virtud cardinal. Por ello soy archisensible a sus manifestaciones positivas y negativas y por ello le agradezco de corazón sus palabras. Un fuerte abrazo amistoso con el deseo de que jamás vuelva a haber sombras en nuestra vieja relación cordial.

A-8 Carta 8.^a

De Luis García de Valdeavellano a Ramón Carande

Madrid, 2 febrero 1964

Querido D. Ramón: He recibido su carta y puede imaginarse el gran disgusto que me ha producido la lectura de las cartas de D. Claudio y de la sta. Grassotti, que vd. me remite. Realmente, desde que empezó a organizarse el famoso «Homanaje», éste me ha dado disgusto tras disgusto. El primero fue el que mi propia colaboración pareciese breve y limitada a recuerdos personales —como me escribió no sin impertinencia la sta. Grassotti—, lo que me obligó a enviar una nueva versión más larga, pues yo, claro está, dada mi estrecha vinculación de discípulo, no podía hacer otra cosa. El segundo disgusto —éste infinitamente mayor— fue lo sucedido con su colaboración y a ese disgusto siguió enseguida el que me produjo una carta de la sta. Grassotti (de la que nada quise decirle a vd. para no disgustarle) pidiéndome que le pidiese que aceptase vd. la publicación mutilada de su trabajo, a lo que se añadían algunas impertinencias como decirme que algunos antiguos discípulos de aquí no habían remitido todavía colaboración alguna y, en cambio, lo habían hecho «los de la acera de enfrente» que eran «ahora los que mejor se portaban con D. Claudio». A ello contesté la carta «muy violenta» a que se refiere la sta. Grassotti en la que vd. me ha enviado, sin sospechar (¡tonto de mí!) que D. Claudio no iba a darme la razón. Mi carta, en realidad, no era «violenta» pero sí terminante e irrefragable y la escribí no porque me sintiera, como dice la sta. Grassotti, «prisionero de la aprobación que había dado a su escrito», sino porque creía —y sigo creyendo, naturalmente— que su artículo de vd. honraba a Don Claudio y me resultaba incomprensible que no fuera publicado. Pero resultó que el propio Don Claudio se ha considerado molesto y que mis razones en apoyo de su escrito de vd., si bien han quedado sin respuesta, no han servido para nada y que mi opinión cuenta ya poco en el ánimo de D. Claudio. Crea, querido D. Ramón, que esto ha sido un gran golpe moral para mí. Ahora, además, leo la carta de D. Claudio a vd. y su lectura me ha producido profunda pena; preferiría no haberla leído. Estoy tan entristecido que no quiero comentarla. Me pregunta vd. si me parece bien que deje esa carta sin contestación. La verdad, querido Don Ramón, es que no sé qué decirle, porque de contestarla me pasa lo que a vd.: que no sé lo que a esa carta puede contestarse. Quizá sea lo mejor no contestarla, pero tampoco me atrevo a aconsejarle en asunto tan vidrioso y delicado. Por mi parte, sólo quisiera olvidar —si ello me fuera posible— este penosísimo asunto, que cada vez comprendo menos, y procurar rehacer en mi memoria el recuerdo de un Don Claudio distinto al que en esta ocasión ha reaccionado como lo ha hecho. Pasando a asuntos menos ingratos le diré que para escribir esta carta he esperado a la sesión del viernes en la Academia, pues así podría informarle a vd. acerca de lo de Millares. El viernes, en efecto, el Director leyó a la junta la carta de Millares informando a la Academia de su nueva situación y solicitando su reincorporación. No asistía Guillén, que está enfermo con gripe, y hacia de secretario Válgoma. Cantón defendió la tesis de que Millares quedase reincorporado y se le atribuyese la primera medalla vacante e hizo, además, un afectuoso elogio de Millares. La única dificultad era la forma de realizarse esa incorporación ahora, dado que el reglamento académico nada prevé, claro está, sobre el caso. Se suscitó un debate en el que intervinieron Navascués, Maravall, Angulo, Melchor y no recuerdo si alguien más. Yo intervine para decir que, aunque el reglamento nada dijese, el buen principio jurídico es que, anulada la

disposición que excluyó a Millares de la Academia, aquél quedaba reintegrado por este solo hecho desde ahora, aunque sin medalla hasta que se produjera una vacante. Maravall aludió a la posibilidad de crear otra medalla, pero ello, naturalmente, no tuvo aceptación. Hay que decir que en el ánimo de todos había gran simpatía hacia Millares y el deseo de su reincorporación, o por lo menos nadie insinuó siquiera opinión contraria. Después de una acertada intervención de Angulo, se adoptó la fórmula de declarar desde ahora reincorporado *de iure* a Millares a la Academia y que, por lo tanto, ocuparía la primera vacante. También se acordó comunicárselo así al interesado, que creo quedará con ello plenamente satisfecho. Total: cuestión favorablemente resuelta. Millares puede ya de nuevo considerarse académico y nosotros felicitarnos de ello. Del P. Vega se sabe que ya no está en el Hospital, sino en la residencia de los Agustinos en la calle de Valverde. López de Toro le ha visitado y parece ser que lo que tiene es una flebitis, aunque desgraciadamente la cosa no está clara. Ayer tarde fui a ver a Alberto¹, pues hoy por la mañana se ha ido a Gincbra, donde estará cinco semanas, regresando luego a Madrid. Natalia² está en Londres. Con nuestros afectuosos saludos a M.^a Rosa, recuerdo muy cariñosos para vd. de Pilar y un gran abrazo de su verdadero amigo.

1. Jiménez Cossío.

2. Cossío.

A-9 Carta 9.^a

De Claudio Sánchez Albornoz a Ramón Carande

Buenos Aires, 26 agosto 1982

Amigo Carande: Me llegaron sus líneas amicales dos o tres días antes de caer enfermo con una bronquitis aguda de la que empiezo a resucitar. No he respondido por ello antes a su amistoso mensaje. Confieso que sí creía en la crisis de nuestra amistad. Me sorprendió su ausencia del homenaje que organizaron mis discípulos argentinos con ocasión de mis setenta años. Me sorprendió su prolongado silencio posterior. Me sorprendió que cuando volvía a España en 1976 no acudiera a Madrid a las sesiones de la Academia. Le esperé en vano para abrazarle, olvidado de su silencio. Celebro haberme equivocado. Yo he hecho su elogio muchas, muchas veces, y siempre he guardado vivo recuerdo de nuestras lejanas horas de los años 20 al 30, con ocasión de la aparición del Anuario y de los años inmediatos. He preguntado muchas veces por su salud, por su trabajo, y siempre me ha admirado su magnífica salud. Me ha conmovido, por tanto, leer su líneas amicales. Me gana en todo: en fortaleza física, en vida placentera. Yo estoy archiviejo y no he cumplido aún los noventa años. Me cuesta esfuerzo vivir. Me gana la fatiga. Mi ausencia de los míos y de España durante casi medio siglo me ha torturado siempre. He trabajado intensamente por olvidar. He vencido mi última enfermedad, pero espero tranquilo la muerte. Mala suerte. Bueno. Dios lo ha querido así. Le deseo lo mejor: que siga viviendo y trabajando. Como antaño, como siempre. Un abrazo de su viejísimo amigo